los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer, transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En V. hay veta, hay personal...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modes-

tia que desmentía su radiante é involuntario sonreir.

—Estoy—añadió el duque—muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado á V. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer... se podría decir que será obra de V. el discurso. Gracias á lo que V. revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos ó tres buenos revolcones á mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la Comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, V. ha aligerado mis tareas; y se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para V., porque tiene V. fondo de repuesto en lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que usted podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de V. son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, á no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque—respondió Cirilo con franqueza.—A V. deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que V., absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas notas de mala muerte, no significa que no sepa V. cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse—repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado á su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.—Lo que he querido decir es que por bonitos muebles que ponga V. en una habitación, mientras no dé V. luz á las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser, para V., la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de V. para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoísta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré á V. volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse á nuevas elecciones, ó pierdo mi nombre, ó V tiene su acta.

Sintió Cirilo á estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece á la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela... ¡ni dado ni gracias! ¡acta y aun actas le había de regalar á montones su *señor suegro!*

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantase á formular ideas que no podía expresar el secretario, aña-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el a b c de cualquier posición, es el cable á que tienen que agarrarse todos, si han de empezar á salir á flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique V. á pensar en otra cosa... ¿No adivina cuál? Vamos, que á sus años de V. no aguardaría yo á que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer .. ¡Una mujer que vea en V. prendas personales suficientes para compensar la falta de caudales y de un nombre ya hecho, de esos que se imponen... y que le traiga á V. en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!.. Créame V.: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y V. sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto donde anida media docena de fénices—sea en su futuro distrito, ó en Madrid,—para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda á sus aspiraciones de V.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlona é involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiendo sin dilación al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas frases el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto á seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias á tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era

que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido á su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan á un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición política y social: muy cerca, el momento en que las insinuantes é imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el día de la fiesta, que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar á sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad á su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidez, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y corolas, en el jardín de invierno una mano previsora y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse oscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo; estudió el sitio

donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa; y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones, que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, é hicieron girar su sangre impetuosa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio á la media noche en punto, porque poco después se calculaba que empezarían á caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado á la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitían gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad ó algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul ó de crujiente seda, realzados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras á todos los puntos de España y á París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas ó de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al izquierdo lado.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, á las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, ó saliendo del jardín de invierno al otro jardín. Pensaba vestírselo cuando conviniese á su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vió organizarse el primer rigodón, y no quiso bailarlo, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoledad, un sibarítico aislamiento en medio del bureo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que se le aproximaba cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecía tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada á la señorita Leona, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el disfraz ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro á la cintura de la máscara. El caballero parecía pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. El solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, «Aquí está la pareja

á quien prometí este vals» exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó á Cirilo las palabras siguientes: «Por cierto que ya iba á reclamar mis derechos, figurándome que los olvidaba V.» Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballeresca cruz, lanzóse al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar á compás al son de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde las primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser objeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnasia corporal habían prestado á Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardóse bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecían las orejitas menudas donde danzaba una

perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación indefinible... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso «creo que sí», respuesta á una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna á la vez... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió á valerse de la confusión del gentío para llegar á su pecho el pecho de Leonela, estrujando á la vez su flaca mano, calenturienta á través del guante.

«Pedir más sería gollería», pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó á la inmutada Leoncela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por hábil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó y empezar á maniobrar hacia el rinconcito del jardín de invierno. Acababa de ver pasar á una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacía el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volvióse, y vió el dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortesmente. El diálogo fué rápido y sustancioso.—«¿Se puede saber dónde has aprendido á mentir con tal frescura, señor secretario?»—«En la misma cátedra donde tú cursaste la necedad.»—«Agradece que respeto la casa donde estoy: á no ser así, tendría gusto

especial en soltarte...»—«¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré á V. en moneda contante, señor marqués de Altacruz.»—«Pues espere V. la visita de un par de amigos míos mañana.»—«Se les recibirá, y ni ellos ni V. tendrán que quejarse de mí.»

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni á sentir temor, ni á especular sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió á Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr á su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando á la desconocida, ó sea á la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos; en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercóse al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguien por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje, iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan á tiempo, que ya una mujer encapuchonada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebato

imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo, de tal manera se explicó, que convenció á la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen á salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo inoportuno y delator; echadas las llaves que incomunicaban el aposento, á fin de que ningún criado pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos ó tres puntos, á prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin...